

Iberismo hoy: Posiberismo*

Fernando R. de la Flor
Universidad de Salamanca

1. IBERISMO

Iberismo... En realidad, en la escena de los grandes debates y cuestiones identitarias cuya actualidad hoy se dirimen en el campo intelectual de nuestro tiempo, esta palabra –iberismo–, y lo que conceptualmente expresa, no estaba previsto que hubiera podido sobrevivir a la marea del tiempo, que podríamos pnTTI que definitivamente la había desplazado, sometiéndola a una suerte de descatalogación, ingresándola en el museo de las ideaciones ya sin virtualidad alguna. De modo que se puede decir que, en efecto, no entraba dentro del cálculo el que ésta fuera, entre nosotros, todavía, una cuestión por pensar, o a la que hubiera que retornar en la demanda permanente de nuevas construcciones ideológicas bajo las que encontrar una suerte de cobertura en los convulsos momentos de fin de siglo XX y apertura del XXI. Ciertamente, podría pensarse que el iberismo, la reflexión sobre el mismo, ya no sería más la "cuestión de nuestro tiempo". Se suponía que el viejo concepto habría debido de extinguirse y apagarse para siempre, y ello en el tránsito hacia una europeización y globalización total, que habría relegado finalmente la cuestión al archivo de lo obsoleto.

En el pasado, la fórmula iberista había adoptado la apariencia de una cuestión intempestiva, incómoda, incluso, reactiva, diría (tal vez también aureolada de reaccionaria); en todo caso, se había situado manifiestamente en contra de procesos generales de homogeneización y laminación de diferencias y de vectores que no gravitan sobre lo actual y sobre lo dado, y que, por lo tanto, se convierten en una máquina de exclusiones y desalojos de la escena de la historia. El iberismo, en cuanto supervivencia, era un cierto modo de teoría y práctica resistente, y como tal lo predicaba, por ejemplo, un Unamuno, expresándolo en una forma que lo hacía comparecer como un arcaísmo y, tal vez, hasta un ejemplo arqueológico de conservadurismo intelectual, apoyado en un arcaico afán de individuación de sujetos o de pueblos.

Quiero decir que, en cierto modo, el iberismo se había alzado como una forma de ser contra los ideales del proceso de racionalización y de asimilación a los modelos culturales europeos. Sería

un invento de intelectuales que mitologizaban su pasado, y que, en cierto sentido también, como podemos ver en Unamuno o Texeira de Pascoaes, estaban poco dotados para dialogar con su presente, y menos con el futuro que se insinuaba. Y llamamos ahora futuro en realidad a la segunda y tercera revolución capitalista a la que aquellos espíritus en aquellas otras épocas se negaban.

Iberismo parecería, pues, un sinónimo de posición perdida. Y, sin embargo, he aquí que el concepto retoma aliento perdido, y que, incluso, quienes aquí de algún modo generamos su rehabilitación, lo hacemos reuniéndonos ahora y contra todo pronóstico a un cierto favor del viento de la historia, y que incluso resucitar ese fantasma no parecerá del todo un despropósito. Sólo que ahora el que la cuestión haya sido puesta sobre la mesa nos pertenece a nosotros menos como intelectuales, que lo que le pertenece a las propias estrategias de europeización, las cuales deben ahora agrupar conjuntos vecinos y próximos, solidificar lazos locales, ello en el momento taumatúrgico en que se opera la gran asimilación en la Comunidad Económica Europea.

Es cierto, y hay que reconocerlo, quienes primero han pensado en la Península Ibérica como campo de acción estratégica, ha sido naturalmente el capitalismo transnacional y, desde luego, las grandes empresas que unifican de este modo sus campos de acción. Para ellos lo ibérico sí cobra hoy sentido, éste es un sentido prioritario, exclusivamente mercantil. En consecuencia, si algo no nos está permitido a nosotros, en este delicado momento nuestro, es volvernos inconscientes del papel que se nos pide hagamos como legitimadores de procesos más generales, que ni hemos nosotros inventado, y sobre los que, en definitiva, no tenemos autoridad o dominio. Somos los servidores de mitologemas, de relatos míticos que se muestren capaces de amparar el propio hacerse de nuestro mundo. Tenemos sobre el asunto una mera autoridad discursiva, la autoridad que da el lenguaje. Y, sin embargo, todo el mundo también sabe que las palabras acaecen en el mundo, son realidades mundanas, siempre que haya alguien que las sepa hacer eficaces, logrando hacerlas descender del olimpo de lo discursivo para, al

cabo, mover ciertas acciones. Y es en este sentido que somos solicitados ahora, precisamente, y con insistencia en los últimos meses y aún años, a prestar esa cobertura discursiva a las operaciones crudas de la política y de la economía. El iberismo pues resurrecciona como pensamiento que legitima una unidad de campo, perdida sí, pero también necesaria en una actualidad de nuevo unificadora de mundos y de territorios.

Empero probablemente podemos calcular que lo que en realidad se demanda de nosotros, en estos momentos cruciales para el desarrollo peninsular, tal vez sea el resucitar un cierto iberismo light, descafeinado, iberismo de salón, iberismo de conferencia, diría, sólo levemente reivindicativo, tierno y poético, que logre también exaltar ciertas peculiaridades de esta geografía del Poniente, convirtiendo estas provincias resacas del mundo en presentables Provenzas, ya que es virtualmente imposible que las hagamos pasar por Venecias del Oeste.

Y, sin embargo, el tema del iberismo, si no se toma con sólo la complacencia habitual, puede convertirse en efecto en una cuestión intempestiva, en el sentido nietzscheano; ello es: profundamente perturbadora por su carga histórica de signo redentivo e inconformista. En sí mismo el asunto cobra una dimensión crítica; tiene el carácter de ser una cuestión desestabilizadora en sí misma: el iberismo es, en definitiva, desasosiego, malestar en una condición y en un momento de la historia.

Para entender este supuesto espíritu incómodo y crítico que tiñe la cuestión, bastaría para ello con pensar que lo intempestivo no está relacionado con lo nostálgico, no es, en definitiva, una mera formalidad del retorno. No estaríamos pues ante un movimiento puramente destinado a retroceder en el tiempo, pues lo intempestivo es también aquello que nos impele quizás a reflexionar a contrapelo (a contratiempo; de nuevo: intempestivamente); a poner tal vez en crisis el sentido de la historia, desestabilizando el imaginario coagulado en torno a las directrices de un presente falso y unidireccional. Evocar ese espectro histórico, y hacerlo quizás en contra de los intereses de sus promotores de esta hora nuestra, nos lleve definitivamente a obstaculizar también la marcha de ese mismo tiempo que nos lleva indefectiblemente a un futuro que tal vez no quisiéramos realizar (al menos no en los términos desaurificados que se nos proponen, brutaemente políticos y mercantiles). Por eso mismo lo intempestivo es una forma del pararse, del detenerse, y ello mucho más que una forma del avanzar, o, peor, un modo propio del retroceder, invirtiendo el sentido mismo del movimiento de la historia.

Lo intempestivo ahora mismo es simplemente resistir ciertas cosas, ciertos pensamientos "únicos" que se extienden ante nosotros. Evocar "lo ibérico" puede ser una forma de la resistencia intelectual, de su reivindicación de liderar procesos, espiritualizándolos. Ya decía Ortega que la entraña de lo ibérico era haber sabido resistirse a Europa, perteneciendo sin embargo a Europa, lo que debemos considerar una considerable pirueta, típica de dos países a los que la historia ha puesto muchas veces "patas arriba"

Eso, ciertamente, por un lado, pero por otro, si estamos aquí para pensar el iberismo posible que nos cumple realizar, como así parece, es, sin duda, para enfrentarlo ante su propio espejo, ante su propia categoría desgastada por la historia, para advertir allí lo envejecido de tal categoría. Esto también nos compete, pues no podemos dar enteramente nuestro aval al pasado, profesar ingenuamente la fe de carbonero de los abuelos. Estamos obligados no sólo a resistirnos a ciertas formas de futuro, sino también a acabar con nuestros propios padres espirituales; aquellos que nos metieron en sus laberintos de palabras, que eran también laberintos de saudades, si atendemos al dictum forjado por Eduardo Lourenço.

Así que, en todo caso, nos encontramos un poco desgarrados ante lo que son, por un lado, las exigencias prácticas y políticas de un futuro que se nos hecha encima, y del que sabemos que de cierto anulará propiamente los restos (si los hubiere) de cualquier orgullosa diferencia ibérica, de lo que era un "modo ibérico" de entender la vida y la historia. Pero, por otro, es lo cierto que tampoco podemos suscribir las rancias formulaciones y modos arcaicos y elitistas del pensar en que se debatió esta cuestión entre los nuestros, poco más o menos entre la mitad del siglo XIX y la mitad de nuestro siglo XX.

2. POSIBERISMO

De modo que empezaremos en realidad por ni siquiera poder aceptar la palabra como tal.

Aquel iberismo posible en el que se nos anima a pensar, de darse, de producirse, de existir (es decir: si nosotros y otros como nosotros podemos producirlo ahora como un objeto intelectual y una herramienta conceptual que mantiene su efectividad hermenéutica en nuestro tiempo), será ahora, en todo caso, un neo-iberismo, una fórmula de retorno, típicamente postmoderna, y entonces, la fórmula apropiada, y la fórmula a la que estamos condenados casi, no puede ser otra que la de posiberismo.

Nombre matizado de la posibilidad, que daría, incluso, ocasión a la acuñación más compleja y exacta de la existencia de un "momento posibe-

rista" en el que de cierto estaríamos viviendo. Lo cual quiere decir momento al cabo irónico con respecto a las posibilidades de su propia realización, o de que cuaje en algún tipo de constructo; o, por también decirlo de otro modo, autoconsciente de las limitaciones que sobre ello pesa, a través de una historia profundamente erosionada que ha dejado al sujeto ibérico incapaz de proponer imágenes de sí mismo, entregado a que otros –llamémosles hispanistas o lusistas– se las forjen.

Asegurábamos antes, que no podemos olvidar que en realidad se nos compele, pienso, a reconocernos y a hermanarnos, sólo porque de esta manera facilitamos la final deglución de nuestras identidades. Pero es también verdad que ese mismo pensar la identidad ibérica podría ser llevado –o al menos lo que proponemos como de urgente realización es un viaje por esta orgullosa diferencia– al terreno mucho más incómodo para los unionistas de un pensar la singularidad y la posición periférica, con la intención misma de detenerse en ella, de ahondarla, de buscar finalmente –al menos en los terrenos de lo ideal– un paradigma distinto; un territorio propio y orgullosamente aislado de la centralidad, un paradigma inmanente, contemplativo, absorto en las profundidades; paradigma que no puede cumplirse en otro espacio, en verdad, que aquel de la realización poética, ficcional, mito-poética.

Este encuentro de estudios en el marco del CEI tiene esta determinación, poniendo el peso semántico en la conexión de identidades realizadas en distintos campos (especialmente aquel que podemos denominar telúrico, geográfico), pero debe alojar también un vector más tenue (pero de fuerte presencia en los imaginarios e inconscientes colectivos), y, en definitiva volcarse en un registro de efectuación poética y de autoridad sobre el imaginario, incluyendo a la propia poesía, porque es ciertamente en este campo y universo donde sólo propiamente se realiza en verdad esa comunidad ibérica. En este sentido, el iberismo es definitivamente una cuestión poética, y acaso también una cuestión histórica (siendo la historia a que hago referencia una variedad discursiva de la propia poética, y no de la economía).

Son estos los dos vectores que aquí nos interesan, aunque sobre el encuentro no dejará en cualquier caso de planear la sombra de lo que serían los representantes del actual y pujante iberismo económico; de lo que podemos denominar un bien distinto, y distante de nosotros, euroiberismo (del que podemos decir pese a las suspicacias que puede generarnos que es, sin embargo, quien nos paga y nos compele hoy a hablar).

Si el asunto es en efecto la construcción mítica del iberismo, y con ello la realización de la

reivindicación de un espacio ideal y común a cargo de los discursos de carácter ficcional y poético, entonces creo que el asunto ha dado aquí, de nuevo en esta sesión del CEI presidida por la figura de Eduardo Lourenço, con lo que podemos considerar su ubicación perfecta. La "mentalidad de Poniente" encuentra aquí por fin un lugar de alojamiento para pensar unas ciertas condiciones en que se genera la idea de un espacio tradicionalmente desierto (o, mejor, "desertado"): el del dominio vacío que dejan, en su ausencia, las redes capitalistas y organizativas, cuando todavía no se han ceñido al control de un territorio.

Y eso es también el iberismo, condición ausente de las condiciones de desarrollo de la segunda (y, luego, de la tercera) revolución capitalista. Retraso y vacío, un poco de despoblación y un modo de vivir la decadencia en medio de nostalgias áureas por medio de una aristocracia del pensamiento que ha cortado sus raíces con París, y que, como sucede con el protagonista de Eça de Queiros, en La ciudad y las sierras decide finalmente retornar a sus sierras. Altas sierras desiertas. Vuelta, pues, a un viejo sentido de la tierra, de la propiedad, de los modos del habitar; y propiamente a lo que sería un sentido heideggeriano de ese mismo "habitar", en el momento preciso en que se puede decir que parte del suelo firme y genealógico en realidad desaparece ya bajo nuestros pies. Así que, en efecto, tal "mentalidad del poniente", de modo inevitable, da cauce a un pensamiento indefectiblemente crepuscular, que define también la quimera de este espacio nuestro marcado por las virtudes negativas de la precariedad, la ausencia, la derelición o abandono, que practicaron como una suerte de nuevo monaquismo sus clases intelectuales.

El iberismo en su día supuso, en efecto, un modo de empezar a colocar las piedras miliare y fundadoras a fin de poner de relieve la amplitud (y hasta se diría el aura) de esa condición ascética, deshabitada y debilitada del mundo, comprendido éste como lugar de intensiones, más que de extensiones y de conquistas materiales. Algo se sabe bien de todo "desierto" (y llamemos así a todo territorio que permanece como abstraído de una condición de franco proceso material): el que exacerba las tensiones espirituales; produce almas alucinadas, sometidas a espejismos metafísicos: Unamuno, Teixeira...

En cuanto que pensamiento que se expresa en un habla de la frontera, y se vierte en la creación de un perfil del lugar o lugares donde desfallece y se anula en realidad la energía capitalista, ese iberismo, sin duda, también consiste en la reivindicación expresa de unos reinos de perfil desvaído (quizás estemos tratando del depósito de la me-

moria de reinos perdidos), en todo caso de lugares en donde sea ostentosa la existencia de una condición, como diría A. García Calvo (¿un pensador del Poniente?), no progresada. Es decir de una tierra que renuncia (o la hacen renunciar) a vivir la prosperidad y el progreso franco (en medio de la cual habita), y que, en realidad lo desdeña y le da la espalda, quizá por nostalgias de algo más antiguo y esencial. El iberismo en muy buena proporción es discurso que debe articular la grandeza de una tierra vacía de hechos, pero poblada de los espíritus de antiguos dioses, héroes o religiones, al presente ya derribados de sus antiguos templos. Dice Aníbal Núñez, un poeta que sitúa sus operaciones metafóricas justo en la frontera o raya de estos dos mundos, y que nos parece parte del obligado canon ideológico-constructivo del concepto que abordamos:

Pero ya es imposible el mito. Dimos
todo al lugar equivocado,
la mención se fue a un valle que no era.
Ahora, en el lugar, aquel error nos deja
desnudos, sin excusas, no culpables;
porque la tierra a nadie culpa.
Nuestra palabrería nos dejó sin pretextos
como el viento sin pétalos a las rosas silvestres.
(Tríptico de Santiz)

2. HOY

Pero, de hecho, nos encontramos en una tesitura en que de algún modo nos es vedado por completo una prosecución de nuestro pensamiento "iberista" en la línea exclusiva que alienta una ficción, una mera estructura mito-poética. No es deseable (ni acaso posible), pues, el retomar esta línea casi fundadora de un mito y de una leyenda. El iberismo reclama también, y lo hace sobre toda otra cosa, un tratamiento histórico-materialista. Finalmente, es en el período fuerte de nuestra común historia peninsular desde donde es posible el reconstruir en esa lejana perspectiva cronológica los marcos genealógicos dentro de los cuales se pueda pensar la cuestión ibérica.

Podemos simplificar y decir entonces que el iberismo es el otro nombre que recibe la "diferencia ibérica" en las edades moderna y contemporánea, mientras que el posiberismo sería lo que al presente queda de aquella diferencia y singularidad en la tercera fase de la cultura del capitalismo.

El posiberismo, y creo que no queda otra solución que el pensarlo así, es el pensamiento de la propia imposibilidad en que se ha movido el proyecto iberista. Será probablemente una construcción crítica discursiva que señale lo que de posible (y bello, o, mejor, estético-espiritual) hubo en lo

que definitivamente no pudo al fin llegar a ser. Nuestra primera dificultad consiste hoy en que, si queremos proponer un posible pensamiento neo-iberista, necesitamos retornar a las fuentes de lo que constituyó en su día la raíz misma de este viaje hacia el extrañamiento con retorno, en que creo que ha consistido finalmente la cultura de la peculiaridad ibérica.

Una obra del artista Pedro G. Romero sintetiza esta aspiración posmoderna tomada de una manera irónica. En ella una península navegante, casi en forma de balsa de piedra, se despega de los Pirineos y remonta el curso de la historia hacia el continente americano.

Esto es lo sustantivo siempre en el iberismo (como hoy tal vez también lo sea en lo posibérico): una renuencia a la integración continental, secundado este sentimiento por lo que es la nostalgia activa de una travesía propia por la historia; deriva o travesía que nos permita seguir actuando como frontera mediadora de mundos diversos. Incluso frontera entre nadas, si queremos ser fieles a una cierta "poética del yermo"

Lo ibérico fue pues, indudablemente, el paradigma desviado de la cultura occidental.

En el viaje que el historiador y teórico de la estética, Mario Praz realiza por la Península a la altura de los años veinte de este siglo, encuentra una metáfora que creo que bordea aquella otra acuñada de antiguo que nombra al territorio común como Península metafísica. Se trata en el caso del texto de Mario Praz de la Península pentagonal. Vale para este caso decir, la península fortificada, cerrada en torno a sí misma en un perímetro de geometría en aristas. La metáfora es interesante y recoge una larga tradición de conceptualizaciones que han tratado de trazar lo que sería el imaginario de un aislamiento, de nuevo de una "diferencia". Tales denominaciones marcan pues, el lugar de una fractura, mientras señalan hábilmente la irreductibilidad a cualquier anexión de este espacio geográfico, que en realidad se reivindica como superior espacio espiritual.

El iberismo es así lo que dentro de la conciencia occidental sigue representando y proponiendo figuraciones de "lo otro", perpetuamente diferido e inasimilado. El iberismo (y el posiberismo también, por tanto) es el resto, lo que, en términos de Ortega, resiste a lo hegemónico, lo que de Europa no se integra en Europa como antes hemos dicho. El iberismo es la experiencia decantada de pueblos que han tenido la experiencia de frontera (peninsular o atlántica) en la época moderna, y que han arrastrado esta experiencia, prolongándola más allá de lo razonable y sensato en la contemporánea.

Las guerras civiles de Granada, pero también

los cuadros de Julio Romero u *Os Lusíadas* son testimonios iberistas, en el sentido en que relatan una experiencia de vanguardia, instalando su imaginario en la "delgada línea roja" que separa dos órdenes de lo civilizatorio. El imaginario ibérico, por lo demás, existe, ha tenido una presencia intelectual poderosa, hasta por lo menos hace poco. Puede incluso que algunos de nosotros estemos llamados a reconstruir este espacio mito-poético, legitimándolo de nuevo y dándole nuevos alcances y expansiones metafóricas. O, más modestamente, que le sepamos dar algún vuelo en tanto que profesores o historiadores, o estudiosos locales (pues el iberista tiene una fuerte vocación por el locus y por el humus, para decirlo en latín)

Pero el imaginario iberista o ibérico está abastecido sobre todo de figuras de exclusión. Si nos preguntamos de qué en verdad está constituido, diré algo que me parece obvio, y que sin embargo quizá sorprenda: la existencia del iberismo depende enteramente de las fuerzas que se le opongan.

Vivimos en un momento en que todo rasgo de diferencia ibérica o pretensión de particularidad y de reserva tiene muchos y grandes enemigos, tantos al menos como interesados y falsos amigos. Por las razones económico-políticas antes dadas, se diría que todo tiende en la actualidad a reabsorber cualquier peculiaridad y diferencia (incluyendo el particularismo de las propias lenguas), llega a su régimen final y a su estadio agónico todo aquello que obstaculice el éxtasis y apoteosis de lo comunicativo, que no es más que el nombre pudoroso que recibe la propia ley del intercambio mercantil entre pueblos disímiles, pues si éstos se vuelven irreductibles unos a otros colapsan los flujos de intercambio. Lo peligroso hoy en día; los enemigos, no ya del posiberismo, sino del iberismo a secas, se trasladan también a la escena del pasado, cosa que entre tanto no han dejado por cierto de hacer en su trabajo de laminación de diferencias.

Existe, y en eso me gustaría por ahora concentrarme, existe en la actualidad un intento definido y concreto de atenuar y reducir el carácter ciertamente singular que asumió nuestra cultura común en la Edad Moderna. El período 1550-1700, trascendental y peculiarismo, me parece, para esta ideología nacida de un imperio enseguida crepuscular, está siendo reconducido lenta pero irremediablemente hacia los parámetros de una normalidad occidental. En este aspecto, en los libros de Kamen, de Elliot, de Brown (obsérvese, todos hispanistas) hay un gigantesco esfuerzo de normalización de la diferencia hispana o ibérica.

Estos historiadores, los cuales conforman hoy el canon de la mirada sobre nuestra historia en el momento de la Unión de Coronas, actúan al

contrario, podríamos decir, que actuó por ejemplo Mario Praz, golpeado por la peculiaridad ibérica todavía en los años treinta. En esta operación en marcha puede verse cómo hasta lo propiamente inquisitorial, irreductiblemente peninsular, es reconducido finalmente al plano general de los aparatos de represión europeos, los cuales hubieran actuado bajo similares parámetros en toda la extensión del continente.

Pocas voces en la actualidad se atreven a contradecir este panorama de una cultura peninsular en realidad subsidiaria de parámetros europeos, franceses o italianos. Y sin embargo, la diferencia todavía es audible en la vieja voz que viene de los siglos. Como en esta del escritor portugués Juan del Sacramento:

Es la Península ibérica la más apropiada de todas las tierras europeas para el retiro, la soledad y la clausura, por ser la más occidental y, como tal, la más grave, reputada y seria, por ser la parte del mundo donde el sol, totalmente desengañado, se retira, fenece y se sepulta.

Y, en efecto, es que el mérito de la Península, como dice Ciorán, ha consistido no sólo en haber cultivado lo excesivo y lo insensato, sino en haber demostrado que "el vértigo es el clima moral del hombre". Una última cita, más genérica, ataca de frente la cuestión del nihilismo, de la tristeza consuntiva, de la saudade incluso, que atenaza nuestra cultura de tres siglos y que mucho me temo (pero también me alegro de ello), la hace particular y propia, irreductible de alguna manera a sus homologaciones europeas. En efecto, entonces: "Nuestra tierra –como dice el poeta– tenía vertientes fértiles en príncipes y artistas, y la descendencia y la raza los empujaba a los crímenes y a los lutos."

En esta fase conclusiva no es ya el momento de desarrollarlo, pero el centro nuclear de lo iberista es justo esa resistencia a los procesos de la lógica del interés que marcan la acción en la historia de las naciones colindantes de nuestro entorno. Y quizá fuera Max Weber quien haya constituido el mejor bastión del sentido y sentimiento iberista, y ello sin haberlo propiamente conocido, ni tener noticia de él, pues al definir con toda precisión la lógica y la ética del capitalismo protestante nos arrojó a una suerte de exterioridad de este modelo, condenándonos a un estado colectivo providencialista, irrealista, decepcionado en suma de los valores de la transformación del mundo, y poseído de una perpetua nostalgia indefinida, que puede ser ciertamente formulada en tanto nostalgia de la totalidad imperial perdida. O, mejor cabría decir, malversada históricamente.

Aquí se revela una figura psicológica en que se resuelve también el complejo mitológico al que denominamos iberismo. Figura según la cual estos pueblos tuvieron una experiencia única de la historia, dado que experimentaron el mayor poder y la máxima riqueza de mundo, conservándose, sin embargo, también en la mayor pobreza y en la más escandalosa penuria de bienes y conquistas sociales.

Esta arquitectura íntima que adopta en la Iberia el leviathan moderno crea, por un lado, ese colapso continuado de la acción de progreso, al tiempo que origina una hipertrofia, un delirio discursivo y productivo simbólico, en que vemos concurrir los pueblos ibéricos durante al menos un muy tenso siglo y medio, dorado por fuera y "de bronce" (como los cañones de la Unión de Coronas) por dentro.

Es el momento de detenerme, pues yo mismo me veo contaminado ahora por las fórmulas lingüísticas, y también arrastrado por los giros expresivos de calado tragico-poético que adoptaron nuestros iberistas de otrohoro.

No es preceptivo sucumbir al canto de estas sirenas

Fieles a nuestra condición "post" deberemos retomar las condiciones "materiales" que gobiernan hoy cualquier escenario de representación, pongamos por caso éste donde montamos esta obra de argumento iberista.

Lo político, lo económico, el interés nacional y el interés empresarial nos traspasan, finalmente, como traspasan también las cuestiones que nos creemos íntimamente determinados a tratar como si fueran propias.

Los discursos mitopoéticos ni fundan ya el mundo, ni apenas alcanzan virtualidad alguna sobre él. Como antes he observado, me parece que sólo tienen hoy en día un papel muy secundario: son coartadas, instrumentos de legitimación de las lógicas más audaces del interés y de la explotación material del mundo.

Queda la ilusión, sin embargo, de que la reflexión y la palabra, incluso obedeciendo las órdenes del mundo, lo vengán a contradecir y a erosionar en su sistema de seguridades, y así podría llegar a suceder que venceríamos (por la fuerza irreal de un puro momento discursivo, elocutivo), esa determinación, allá donde precisamente aquella genera sus condiciones de éxito y proclama su universal conducción de las conciencias.

El iberismo sería entonces (en la postrer de sus figuraciones) una de esas banderas caídas en la batalla por resistirse a la marcha general de las cosas, y a los procesos generales en que nos enrola un progreso sin fin (y sin finalidad). Al levantarla del polvo, en que sin duda se halla caída, uno se

siente por un momento al menos como un viejo confederado, y se ve hermanado, en el instante de una fulguración, con la legión fantasmal de todos los perdedores de algunas de las grandes batallas de la historia.

* El texto es transcripción puntual de la intervención del autor en las sesiones del CEI dedicadas en Guarda a Territórios e culturas ibéricas los días 2 y 3 de diciembre del año 2004.